

**PARA TRANSFORMAR
HAY QUE EXPERIMENTAR**

¿Dónde hay destellos de esperanza
en medio de la crisis global?

Edgardo Lander y Miriam Lang

Hemos pasado de estos movimientos sectorizados, los obreros, las mujeres, los estudiantes, a movimientos más interseccionales que realmente logran abordar raza, clase, género y naturaleza al mismo tiempo y en conexión, y que se articulan, en muchos casos, alrededor de esto que es la reproducción de la vida o el cuidado de la vida. Esto es uno de los grandes aportes de los feminismos contemporáneos al pensamiento y las prácticas transformadoras.

Miriam Lang

La Asamblea Global por la Amazonia, que comenzó hace poco, es un buen ejemplo de otras formas de hacer política y de lograr la convergencia de movimientos muy diversos en todo el continente al margen de las confrontaciones y las divisiones existentes en las izquierdas. Más de 400 organizaciones y más de 3000 personas se adhirieron en muy pocas semanas a la propuesta.

Edgardo Lander



Miriam Lang es profesora investigadora en el Área de Ambiente y Sustentabilidad de la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador. Cofundadora del Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo, en 2011. Ha acompañado procesos y movimientos sociales en América Latina y Europa desde la década de 1980.



Edgardo Lander es venezolano, doctor en Sociología y profesor de la Universidad Central de Venezuela y de la Universidad Andina Simón Bolívar en Quito. Miembro del Instituto Trasnacional (TNI), Ámsterdam. Involucrado en forma directa en la dinámica de los Foros Sociales Mundiales. En Venezuela, actualmente forma parte de la Plataforma Ciudadana en Defensa de la Constitución.

A lo largo de estas páginas hemos hablado del fortalecimiento de las derechas reaccionarias en América Latina. Con ustedes queremos hablar sobre posibles dinámicas transformadoras, en clave de emancipación, contra esas tendencias de conservadurismo, autoritarismo y una derecha radical autoritaria. Con la pandemia la situación ha cambiado ¿Cómo se ubican las fuerzas políticas en este nuevo contexto?

EL: Está claro que en América Latina y el mundo las tendencias políticas no han sido unívocas, ni antes ni durante la pandemia. Por ejemplo, en los Estados Unidos, mientras se avanza más violentamente en la política de la derecha extrema del gobierno de Trump, se ha producido un desplazamiento hacia lo que denominan “progresismo” —palabra de uso complicado hoy en América Latina— de una buena parte de la población. Eso se expresa dentro del Partido Demócrata, en los debates sobre el *Green New Deal*. Más ampliamente en las masivas movilizaciones de protesta por el asesinato racista de George Floyd.

En América Latina hoy, evidentemente, lo más destacado tiene que ver con la pandemia del coronavirus y sus múltiples impactos. Estamos en un terreno totalmente desconocido sin antecedentes históricos equivalentes. A finales del mes de julio, América Latina y el Caribe se habían convertido en el centro principal de la pandemia en el mundo, siendo Brasil el segundo país con más contagios y muertes después de los Estados Unidos. Los pueblos amazónicos están siendo dramáticamente afectados.

Después de varios años de un débil crecimiento económico y con mayoría de gobiernos de orientación neoliberal, la pandemia encuentra al continente con servicios públicos desfinanciados y estados sin capacidad de gestión y sin recursos para responder a la pandemia. Ante eso, una elevada proporción de la población del continente se encuentra entre la amenaza del contagio, por un lado, y la necesidad de salir a buscar algún ingreso para satisfacer sus necesidades básicas.

Nos encontramos ante la peor crisis económica desde que se tienen registros estadísticos, a comienzo del siglo XX. La Cepal estimó

que la caída del PIB del año 2020 será en torno del 10%, pero cada vez que se presenta una nueva cifra ésta es mayor que las anteriores. En comparación, durante la denominada “crisis de la deuda”, el PIB de la región se contrajo en 2.5% en 1983, y en el momento de lo peor de la crisis financiera del 2009, la contracción fue de 1.8%.

Esto tendrá severos impactos en los niveles de empleo, en los salarios y en la desigualdad. Habrá una marcada movilidad social descendiente en los sectores medios y de bajos ingresos, hacia aún menores ingresos. La Organización Internacional de Trabajo (OIT) estima que la tasa de desocupación se incrementará de 8% en el año 2019 a 12.3% en el 2020, siendo este el valor máximo desde que se tienen registros consolidados en la región.

Ante estas transformaciones no es imaginable el regreso a la anterior “normalidad”. Ante las formas crudas en las cuales las profundas desigualdades e injusticias de estas sociedades se están poniendo al descubierto, son posibles desplazamientos, e incluso rupturas en lo referido a la hegemonía del neoliberalismo.

La cuarentena impuso un freno severo a los grandes procesos de movilización que venían ocurriendo en varios países del continente, con particular fuerza en Colombia, Ecuador y Chile. Resulta, por ahora, difícil prever cómo estarán afectados a mediano plazo estos movimientos.

¿Ven oportunidades o dinámicas similares a las de Estados Unidos, aquí en América Latina? Allá la popularidad de Trump está cayendo, las movilizaciones contra el racismo tuvieron fuerza y hay conciencia en cuanto que él no está manejando bien la pandemia. Hasta ahora no veo una reacción similar en América Latina... un poco quizás en Chile, ¿o sí?

ML: Las grandes movilizaciones que ahora hay en Estados Unidos, aquí las tuvimos el año pasado. Obviamente, hay una conciencia muy amplia del mal manejo de la pandemia de los gobiernos en su conjunto, en toda su variedad. Esto va desde gobiernos que se dicen de derecha hasta gobiernos que se dicen de izquierda. Pero también estamos en un continente que es más consciente de su diversidad

cultural y donde han persistido, a diferencia de Estados Unidos, modos de vida al margen del capitalismo global. Hoy en día, este sistema capitalista global, tan empeñado en ‘incluir’, es decir incorporar como clientes a sus mercados a cada vez más personas en las últimas décadas, ahora en cambio está expulsando violentamente a grandes masas de población.

Quizás aquí hay cierta capacidad de respuesta a la pandemia con base en estos otros modos de vida que también constituyen una fortaleza. Hay muchos países—en la Región Andina pero también tenemos noticias de Nicaragua, por ejemplo— donde la gente, ante la falta de respuesta de los gobiernos, se autoorganiza en confinamiento comunitario e intenta solventar la reproducción de sus vidas en colectivo, pero en aislamiento.

Tenemos también un sinnúmero de iniciativas de cadenas comerciales cortas, las mismas que se han pedido como reivindicación política frente al cambio climático para que no se gaste tanta energía en exportar y hacer transitar productos alimenticios a través del globo. Campesinos alimentando a gente de las ciudades, muchas veces practicando otras formas de intercambio fuera de los mercados capitalistas, como el trueque, que recobran importancia.

Recordemos que en el 2001 en Argentina afloraron todo tipo de economías alternativas a raíz de la crisis. Por cierto, estas formas alternativas volvieron a marginalizarse cuando se recuperó la economía capitalista del país. Pero ahora estamos ante un escenario de total incertidumbre frente a una posible recuperación del capitalismo como lo conocemos. Creo que hay que diferenciar entre lo que sucede en Europa, donde sí hay cierta imagen de regreso a la normalidad, y América Latina, que va a enfrentar realmente condiciones inéditas. Aquí, la informalización de la economía ya era amplia y va a crecer mucho más todavía. Pero también hemos sido el continente con la mayor efervescencia social y energía transformadora en las últimas décadas.

Hemos visto la derrota que han tenido distintos gobiernos progresistas en Brasil, Ecuador y Bolivia. Vimos los límites, la deformación del Chavismo y del proyecto de la revolución bolivariana, en Venezuela. Nicaragua es otro ejemplo desesperante. La izquierda ha perdido credibilidad en grandes sectores de la población, y además existe un ambiente muy marcado de polarización dentro de estas mismas izquierdas, es decir, unos puentes totalmente rotos y unas dificultades de diálogo muy grandes. ¿Qué opciones ven ustedes para que un horizonte de izquierda en América Latina vuelva a ser atractivo?

EL: Para plantear la posibilidad de recuperar la credibilidad de la izquierda es indispensable comenzar por reconocer que no estamos solo ante el fracaso o la derrota de los gobiernos progresistas sino, igualmente, ante una profunda crisis histórica que afecta a la izquierda en todo el mundo. Hay importantes sectores de la izquierda que todavía continúan operando al interior del imaginario del progreso, de la sociedad industrial, del crecimiento sin fin, de todo aquello que la modernidad colonial ha impuesto como el único modo de vida deseable.

Fuera de las características de esta modernidad colonial, quedan dimensiones esenciales de la vida que están siendo cuestionados y resistidos: género, patriarcado, ambiente, los patrones de conocimiento eurocéntricos y hegemónicos, el racismo, la negación de la pluralidad cultural y la diversidad sexual. No debe extrañar que, para elevadas proporciones de la humanidad, horizontes utópicos que coloquen estos asuntos en un segundo plano no resulten particularmente atractivos. Ha habido, y hay todavía —basta con ver las declaraciones del Foro de Sao Paulo— una limitada capacidad de reflexión autocrítica y de aprender de la experiencia. Si se hubiese incorporado una reflexión crítica sustantiva sobre las experiencias del socialismo del siglo XX, sobre su desarrollismo, su Estado-centrismo, su ausencia de democracia, su monocultura, sobre el papel del dirigente máximo ante el resto de la sociedad, sobre el papel del Estado-partido, etc., probablemente habría sido otra la historia de las experiencias del progresismo latinoamericano.

En la práctica, los gobiernos progresistas facilitaron el camino para que las derechas se apropiasen de las banderas de la democra-

cia y de la honestidad administrativa. Hoy para amplios sectores de la población “izquierda” se asocia con autoritarismo, ineficiencia y corrupción. Sin una ruptura radical con las concepciones y prácticas que condujeron a esto, difícilmente puede haber una recuperación de algo que represente los valores históricos de la izquierda. No basta con reconocer “errores”.

Pero esto no quiere decir que los valores fundamentales que históricamente representaba la izquierda como expresión del anti-capitalismo, de la lucha por la solidaridad, por la igualdad, etc., hayan dejado de existir, o que estén ausentes del panorama presente y futuro de las luchas políticas y sociales. Sólo que estos valores, estas opciones éticas y estos horizontes utópicos, tienen hoy lo que podría denominarse “otras corporeidades sociales”. Están en otra parte, en movimientos, en organizaciones, en colectivos, en comunidades y en pueblos, que para luchar por esos otros mundos posibles no requieren asumirse ni autodenominarse de izquierda, o revolucionarios o socialistas.

La profundidad de esta experiencia varía de país en país. El caso de Venezuela es ejemplificador. En el contexto de la profunda crisis, el gobierno continúa utilizando en su discurso un léxico izquierdoso, hablando de anti-imperialismo y de revolución y reivindicando a Hugo Chávez. La distancia abismal en la imagen del país que divulgan los medios del gobierno y la experiencia cotidiana de la mayoría de la población no puede sino producir rechazo. Ese proceso contribuyó así a un desplazamiento de la sociedad venezolana hacia la derecha. En Venezuela, gracias a los abundantes ingresos petroleros que permitía inversiones en infraestructura y en políticas sociales sin cobrar impuestos a los ricos, hubo durante décadas una especie de consenso socialdemócrata. Este imaginario ha sido socavado por la experiencia bolivariana. El que, en algunas encuestas de opinión, cerca del 40% la población llegó a expresar su acuerdo con una invasión de Estados Unidos a Venezuela, permite constatar la profundidad del desplazamiento político-cultural del país. Estos quiebres históricos son producto del fracaso de este proyecto, no solo en términos de las estadísticas de salud, educación o de desnutrición, sino igualmente en la experiencia existencial o subjetiva de una gran mayoría de la población.

La emergencia de resistencias y alternativas será un proceso lento, desde abajo, en los intersticios. Hoy, en Venezuela lo más radical que se puede plantear es la defensa de los derechos humanos y el derecho a tener elecciones libres, en condiciones donde hay necesidad de enfrentarse simultáneamente a este gobierno corrupto autoritario y a las amenazas que la extrema derecha representa como peón de la política exterior del gobierno de Trump.

Edgardo dijo que los gobiernos llamados progresistas perdieron apoyo por su autoritarismo y por no retomar demandas feministas. Ahora tenemos un autoritarismo y un antifeminismo más fuerte en la región desde las derechas. Parece que esas derechas sí pueden ofrecer algo a la gente y lo ofrecen en forma, por ejemplo, de la comunidad de fe de las iglesias evangélicas. Parece que la respuesta al autoritarismo de la izquierda es un autoritarismo de la derecha. ¿Qué se puede ofrecer de atractivo que pueda contrarrestar esa dinámica?

ML: Primero, no solamente estamos con esa experiencia bastante reciente de la derrota de los progresismos y con la crisis histórica de las izquierdas en general —crisis ideológica-histórica— sino que también estamos ante una crisis del sistema de democracia representativa. Creo que, si miramos países como Ecuador, Bolivia, y otros más, no está tan claro que las derechas puedan desempeñarse tan bien electoralmente, más bien estamos frente al desconcierto de que no hay ningún personaje que resalte dentro del panorama político electoral en general.

En América Latina también estamos ante esta polarización entre dos grandes corrientes que pretenden ser de izquierda. La una pretende ser de izquierda revolucionaria y es una expresión más partidista, y otra corriente que no siempre se llama de izquierda, pero que es un conjunto plural de fuerzas que aspiran a una transformación profunda de la sociedad que incluye valores tradicionales de la izquierda, como la disminución de la desigualdad, en donde se encuentra una amplia gama de movimientos sociales. En el caso de los movimientos indígenas o afrodescendientes pueden reivindicarse de izquierda, pero también pueden no hacerlo, sin que esto les quite

necesariamente radicalidad en su planteamiento político pues están hablando desde otro lugar.

Lo mismo pasa con las feministas. En efecto hay un antifeminismo muy fuerte, pero desde el 2015, estamos presenciando también el movimiento feminista más fuerte en la historia en América Latina. Eso me parece muy atractivo y esperanzador: unos feminismos plurales que en Argentina han logrado cuajar con movimientos de economía popular y solidaria, y que se han masificado desde ahí, cuestionando las concepciones hegemónicas del trabajo, la financiarización de la vida, las formas de relación y las formas de subjetividad que ofrece el neoliberalismo. Es un feminismo que ofrece respuestas, no solamente en teoría, sino también, en su forma de construir relaciones. Por eso salen a la calle cientos de miles de personas que participan en las huelgas feministas.

Multitudes de jóvenes de la nueva generación chilena, hombres y mujeres, que han participado en las marchas del 8 de marzo, reivindican su cuerpo de otra manera, reivindican su convivencia de otra manera. Creo que hay ahí un potencial bastante fuerte de crítica y de transformación.

Cuando los feminismos urbanos conectan con los movimientos de mujeres más rurales que luchan por el territorio, contra el extractivismo, etc., hay unos lazos de solidaridad, pero también de reconocerse en esta noción del cuerpo-territorio. No es que los valores y las ideas que transportaba la izquierda se han perdido, sino que ahora tal vez encuentran otras expresiones y otros fundamentos en la sociedad.

Otro punto que me parece importante de mencionar es el acumulado histórico de las luchas de las últimas décadas. América Latina es la región más desigual del planeta. Pero al mismo tiempo desde una perspectiva global, no cabe duda de que ha sido también el continente que mayor efervescencia de luchas sociales y transformaciones ha generado en el pasado reciente. Contamos con un acervo de experiencias de luchas exitosas extremadamente rico y diverso, luchas en las que se lograron parar proyectos concretos de las élites o del capitalismo global, luchas en las que se lograron posicionar gobiernos alternativos en diferentes escalas, procesos de construcción

de territorialidades otras, de construcción de diferentes dimensiones de lo común. Ha habido múltiples victorias y también derrotas, la riqueza para mí está en la posibilidad de aprendizaje colectivo que está contenida en estas experiencias.

Aún queda muchísimo por hacer. Las izquierdas plurales latinoamericanas están lejos de haber procesado sus propias experiencias, de haber procurado sacar de ellas los aprendizajes posibles para que las luchas futuras puedan realmente aprovechar de esta efervescencia social del pasado reciente, evitar repetir errores con base en una memoria colectiva y compartida de las luchas. El dogmatismo, las falsas lealtades incondicionales, la polarización o el temor a errar han impedido avanzar en este camino. Pero la riqueza de experiencias sigue ahí.

Edgardo decía que la sociedad venezolana, como consecuencia del desgaste del proyecto chavista, es hoy una sociedad muy derechizada y polarizada. Pareciera que los extremos del autoritarismo de los gobiernos llamados progresistas en América Latina generarían más bien reacciones más conservadoras en la sociedad, contrariamente a lo que estaría ocurriendo en EE.UU.

EL: En Venezuela, la experiencia de amplia politización del proceso bolivariano ha devenido en una polarización despolitizada. Despolitizada en el sentido de que ya no hay reivindicación de proyectos de país, de opciones políticas alternativas, sino campos de adscripción, de lealtad: o estoy en contra o estoy a favor.

Hablando más ampliamente sobre América Latina, hay hoy un amplio campo de tensiones y disputas por los sentidos comunes de la sociedad. Como plantea Miriam, esto tiene como fuentes más dinámicas a múltiples movimientos como los feminismos, comunidades indígenas y afro, etc. que están construyendo alternativas desde sus prácticas. Esto independientemente de que se llamen de izquierda o no, tengan afiliación política partidista. Por otro lado, hay un fuerte conservadurismo cultural, con frecuencia asociado a posturas religiosas, que está confrontando estas alternativas.

Creo que, en relación con estos dos campos, una cosa que habría que destacar es su dimensión internacional. Hay un apoyo político y

financiero muy fuerte que recibe esta derecha, para todo lo que tiene que ver con el antifeminismo, “Con mis hijos no te metas” y los fundamentalismos evangélicos, en sus diferentes versiones. Este apoyo externo viene desde décadas anteriores, pero ahora cristaliza, para convertirse en una potente fuerza política. El caso más extremo es el brasileño, pero tiene una presencia creciente en todo el continente.

ML: Podríamos decir que, precisamente, la mercantilización de la política electoral, que ofrece más una especie de persona-producto que un programa de futuro para la sociedad, ha facilitado esta injerencia, esta compra de los espacios de la política formal por estas estrategias de derecha y de las diferentes iglesias conservadoras. Estos movimientos de izquierda amplios compiten en desigualdad de condiciones en estos escenarios, porque no cuentan ni con los mismos fondos, ni con estructuras comparables. Pero tampoco tienen necesariamente este objetivo.

De manera que tenemos una mayor ocupación de lugares de la política formal por estas figuras conservadoras, y una mayor contestación de los espacios de la política formal desde la calle y los territorios, además de otras expresiones colectivas desde lo que serían las izquierdas plurales. Pero ahí hay una asimetría, claramente.

EL: Otra dimensión importante de las transformaciones en la política es el tema de las nuevas tecnologías, las redes sociales, la capacidad que se ha desarrollado para utilizarlas como instrumentos de distorsión, de información falsa, de creación de opinión. Con más recursos y más experiencia, en América Latina la derecha ha manejado este mundo virtual con mucha más intensidad y eficacia que lo que se ha hecho desde sectores alternativos.

Ya mencionaron que tuvimos protestas masivas en Chile, Ecuador y Colombia el último año; también ganó Alberto Fernández en Argentina. ¿Hay tendencias en las que podamos apostar un poco de esperanza, contra el ascenso del campo autoritario- reaccionario?

EL: De todas las dinámicas de movilización y protesta reciente en América Latina, probablemente la más significativa en términos de

búsqueda de ruptura, no solo del neoliberalismo, sino en términos más amplios del modelo civilizatorio imperante en todas sus dimensiones, fue la llamada *Revolución de Octubre* en Chile.

En los últimos años, el movimiento más amplio de enfrentamiento al gobierno en Chile se ha dado por las condiciones específicas que confrontaban los estudiantes de educación media y universitaria, referidos al modelo excluyente del sistema educativo, las enormes diferencias de calidad entre la escuela pública y la privada, el elevado costo de la educación superior (de los más elevados del mundo), sea esta privada o pública.

Pero más allá de estas demandas, el movimiento estudiantil, ha jugado un papel medular en contribuir a quebrar el consenso en torno al supuestamente “exitoso” modelo chileno, al poner al desnudo el su carácter profundamente excluyente y la continuidad de algunas principales dimensiones desde que este fue brutalmente impuesto por la dictadura de Pinochet.

Un momento fundamental de quiebre de esta historia, que viene desde el golpe de Pinochet, el 11 de septiembre de 1973, ocurre precisamente con esta *Revolución de Octubre* del 2019. En esta entraron en convergencia diferentes movimientos, activistas y sectores sociales que hasta ese momento tenían, en lo fundamental, agendas propias, a veces muy potentes: mujeres, estudiantes, pueblos indígenas, trabajadores, con capacidad de movilización, pero de alguna manera, todavía separados.

Las marchas del 8 de marzo, las masivas movilizaciones estudiantiles, las luchas de los pueblos indígenas en defensa de sus territorios, por el agua y, quizás con menos presencia, también los trabajadores, entraron en convergencia en las movilizaciones que se iniciaron en octubre. En estas se cuestionó simultáneamente la desigualdad y la exclusión en las más diversas dimensiones de la vida social, al régimen constitucional y a los partidos políticos, tanto de izquierda como de derecha. Los partidos de la Concertación fueron denunciados como cómplices en la preservación del modelo constitucional de Pinochet. Se reivindicaron los derechos del pueblo Mapuche. Se denunció el patriarcado en todas sus múltiples dimensiones, con énfasis en el tema del derecho al aborto; se rechazó la política social

reproductora de las desigualdades, demandando que los sistemas educativos y de salud pública fuesen universales, de calidad, gratuitos, iguales para todos. Se denunció reiteradamente la represión policial-militar.

Uno de los ejes de las movilizaciones fue contra el régimen privatizado de pensiones, diseñado para limitar el ingreso que obtienen los pensionistas de sus ahorros y maximizar las ganancias de las empresas que gestionan estos fondos. Se hicieron presentes igualmente otros asuntos como el maltrato a los animales, la denuncia del consumo de carne, la reivindicación de la diversidad sexual, y el cuestionamiento de los patrones de consumo. En conjunto, un cuestionamiento radical de este modelo supuestamente exitoso.

Antes de la pandemia ya se había conquistado el derecho a un referendo para la convocatoria a una nueva Asamblea Constituyente para reemplazar la Constitución impuesta por Pinochet en el año 1980. A pesar de que esta Constitución ha tenido desde entonces 44 modificaciones y que Michelle Bachelet anunció, durante su segundo gobierno, que se llevaría a cabo un proceso constituyente para redactar una nueva Constitución, esta sigue vigente.

Las movilizaciones tienen, como ustedes han anotado, contenidos diversos: patriarcado, derechos sexuales, acceso a la educación, derechos de animales, etc. ¿Eso no vuelve dispersa cualquier propuesta? ¿Una explosión efímera de descontento o algo que se está cocinando y que tuvo un freno con la pandemia?

EL: En efecto, resulta un hecho notable en las movilizaciones de Chile su diversidad, la amplia gama de sus participantes, la extrema descentralización de sus convocatorias y su extraordinaria creatividad en términos de consignas, expresiones musicales y gráficas, tal como quedó registrado en las paredes de Santiago, en una especie de gran sinfonía de colores y de simbología diversas, donde los afiches como tal eran prácticamente inexistentes. No había consignas unitarias ni temas comunes, sino una gráfica extraordinariamente diversificada que demostraba una portentosa emergencia de creatividad y de fuerzas sociales muy diversas. Pero, a la vez, reconocimiento de que se trataba de una lucha común.

A pesar de la visión ampliamente generalizada de la sociedad chilena como una sociedad de alguna manera domada, una sociedad transformada culturalmente hacia el individualismo y el consumo, una sociedad pacificada, y por más que el gobierno, los partidos de derecha y los medios corporativos en forma sistemática y concertada denunciaron estas movilizaciones como violentas, como terroristas, como anarquistas, amenazas al exitoso modelo económico chileno, estas movilizaciones contaron con un nivel de apoyo mayoritario por parte del conjunto de la población. Este amplio movimiento fue interrumpido por la llegada de la Covid-19 y por las medidas de cuarentena y la represión impuesta por el gobierno de Sebastián Piñera. Resulta muy difícil pronosticar qué pasará cuando culmine la fase más aguda de la pandemia, pero se puede afirmar, con bastante confianza, que la sociedad chilena ya no es la misma.

ML: Yo diría que la gran diversidad de temas que se plantearon en Chile, pero también en las movilizaciones de Colombia, por ejemplo, expresan que quienes salen a la calle a protestar perciben la dimensión sistémica de la crisis que estamos viviendo hoy. Es decir, ya no basta luchar por la educación y punto, o por el medio ambiente y punto, o por los derechos laborales, sino que todo está relacionado. Una movilización monotemática correría peligro de ser reabsorbida por la abrumadora capacidad de adaptación y reinención del capitalismo contemporáneo. Aunque ciertamente cada grupo pone sus énfasis. Lo que está en peligro es el futuro en su conjunto. Hemos pasado de estos movimientos sectorizados, los obreros, las mujeres, los estudiantes, a movimientos más interseccionales que realmente logran abordar raza, clase, género y naturaleza al mismo tiempo y en conexión, y que se articulan, en muchos casos, alrededor de esto que es la reproducción de la vida o el cuidado de la vida. Esto es uno de los grandes aportes de los feminismos contemporáneos al pensamiento y las prácticas transformadoras.

Por otro lado, en estas movilizaciones se sentía que no hay respuestas fáciles al problema de la organización, de la representación de las voluntades colectivas, ya que muchas formas de organización e institucionalidad tradicionales de las izquierdas también cayeron en descrédito por razones concretas, como las formas partidistas o sindicales.

¿Qué decir de Argentina? Con Alberto Fernández ganó un hombre viejo, pero con las nuevas mayorías allá hay un proyecto de ley para legalizar el aborto, hay un mejor manejo de la pandemia al parecer. ¿En qué momento podemos transferir esa dinámica transformadora al Estado, sin cometer los mismos errores que tuvimos con los progresismos aquí?

EL: A lo mejor con el tono celebratorio y el peso que yo le di a esto de la gráfica, la música, esto que podría sonar un poco *hippie*, quiero recordar algo que dije: a pesar de la oposición de toda la institucionalidad chilena, habían logrado que el Congreso convocase a un referéndum para preguntarle a la población si estaba de acuerdo o no con la convocatoria de una asamblea constituyente para redactar una nueva constitución. Las encuestas señalaban que una amplia mayoría iba a votar que sí. Ahí se abrían todos los riesgos de los procesos constitucionales y la experiencia de los progresismos, pero significaba la posibilidad de quiebre de ese modelo. No era en una lucha solo en el terreno simbólico. Se estaba cuestionando, con gran eficacia, como lo demuestra el acuerdo de convocatoria del referéndum a pesar de la feroz oposición de la derecha, los fundamentos del modelo. En esa voluntad de cambio había confrontaciones con temas absolutamente fundamentales, como el el régimen de aguas, siendo que Chile es el único país del mundo donde el agua está totalmente privatizada. Se ponían en cuestión asuntos de fondo referidos tanto en el régimen de propiedad como en el régimen político. Sin duda, estaban ocurriendo cambios significativos en la sociedad chilena.

ML: Argentina hoy es una suerte de progresismo 2.0, es una sociedad que ha pasado por una primera fase del progresismo con todos los efectos de polarización social, de corrupción que hubo en toda la región. Luego ha pasado por un gobierno de derecha neoliberal y ha podido comparar, en una experiencia vivida, los contrastes. Esto llevó a que ahora hay más matices en las posiciones, más lugar para los grises entre el blanco y negro. Por esta experiencia particular, tal vez Argentina sí es un país donde se ha podido aprender más de las experiencias anteriores que en otras partes. En contraste, la victoria de Manuel López Obrador en México, donde, en cambio, no parece

haber funcionado mucho el traslado de aprendizajes desde las experiencias progresistas de Suramérica. Los debates y procesos mexicanos no miran mucho hacia el Sur. Lamentablemente nuestros países suelen encerrarse demasiado sobre sí mismos y no se conoce mucho ni del que tenemos al lado. Sin embargo, creo que Argentina hoy tampoco se libra de los clásicos problemas de cooptación de líderes sociales, de seducción de todo lo que significan los espacio de ‘poder’ en el Estado.

Hablan de la posibilidad de cambios constitucionales en Chile. Pero esos cambios no son garantía: vemos lo que ha pasado con las constituciones de Venezuela o Ecuador...

EL: Para que estas fuerzas de cambio encuentren una expresión institucional, creo que todavía falta mucho camino por andar. Sabemos que con las constituyentes tan radicales de Ecuador, Bolivia y Venezuela finalmente, no se lograron los cambios a los cuales se aspiraba. Abundaron en declaratorias de derechos, pero no se logró desafiar lo suficientemente la propia institucionalidad y su funcionamiento con lo cual finalmente, se aplastó la energía transformadora. El Estado Liberal se impuso.

Pero, al menos como escenario, una Constituyente ofrece mayores potencialidades de ruptura que unas elecciones.

ML: Chile precisamente tendría esta ventaja: de poder construir su experiencia sobre la historia de las constituyentes de Bolivia y Ecuador, donde como dice Edgardo, se volvió a imponer el Estado liberal. Habría que analizar en qué quedaron cortos estos procesos constituyentes, poner mucho más énfasis en la descolonización y despatriarcalización del Estado, repensar a fondo este andamiaje institucional que se impuso en América Latina en el marco de la colonialidad y la división internacional del trabajo; repensar el presidencialismo. Obviamente adaptando estos aprendizajes al contexto chileno. Y no subestimar la enorme inercia que tienen las instituciones del Estado, concebidas en principio para garantizar condiciones estables a la acumulación de capital en escenarios cambiantes.

¿Qué convergencias deben o puede haber para mantener y sostener esos derechos ganados y no retroceder y que no se disuelvan o desaparezcan ante este avance de las fuerzas y gobiernos reaccionarios?

EL: Creo que, ante la desconfianza en la posibilidad de que se genere una organización política y un proyecto político integral que sea una expresión genuina de las aspiraciones de la población, las posibilidades de transformación pasan por múltiples experimentaciones. No hay forma de saber cuáles propuestas, cuáles iniciativas, cuáles pasos adelante son las que nos van a conducir con cierta efectividad, con mayor potencialidad, a las transformaciones necesarias. Asumir esto creo que desbloquearía, en el sentido de que abriría mayores posibilidades a que diversas iniciativas puedan reconocerse, proponerse, implementarse, caminar, retroceder, fracasar, evaluar, sin pretender de antemano saber —porque eso es imposible— cuáles son las iniciativas que tendrán mayor capacidad de defender los derechos ganados, de articular estas fuerzas diversas capaces de provocar los cambios deseados.

La Asamblea Global por la Amazonia, que comenzó hace poco, es un buen ejemplo de otras formas de hacer política y de lograr la convergencia de movimientos muy diversos en todo el continente al margen de las confrontaciones y las divisiones existentes en las izquierdas. Más de 400 organizaciones y más de 3000 personas se adhirieron en muy pocas semanas a la propuesta. Las tres principales organizaciones/redes que hacen vida política en la Amazonia asumieron la conducción de este inmenso esfuerzo de articulación de luchas: la Coordinadora de las Organizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica (Coica) que agrupa a las organizaciones de cada uno de los nueve países amazónicos; la Red Eclesial Panamazónica (Repam), que ha tenido un apoyo y un empuje muy fuerte por parte del Papa Francisco; y el Foro Amazónico, que es una organización surgida del Foro Social Mundial, que ha realizado sucesivos foros anuales de la cuenca amazónica. Aquí se está hablando de defensa de derechos, defensa de la Madre Tierra, de la defensa de la Amazonia, de la defensa de los pueblos habitantes en la Amazonia. No se trata solo de producir declaraciones, el objetivo fundamental de

todo este proceso es crear plataformas de lucha en diferentes ámbitos para articular enfrentamientos en relación a estos temas.

Me parece que es una alianza de diferentes organizaciones y sí está desarrollando cierta dinámica. Pero para lograr un cambio real, ¿ustedes ven un sujeto privilegiado o determinante? ¿O, simplemente, hay que buscar gente de buena voluntad de todos lados?

ML: A mí me parece que la recurrente pregunta acerca de un “sujeto privilegiado”, que pudiese liderar algún proceso de transformación, es un asunto del pasado. Es una de las herencias de esta izquierda de los siglos XIX y XX, en crisis histórica, que había instaurado desde la teoría el sujeto proletario como este “sujeto privilegiado”, a pesar de que en la práctica este sujeto no ha sido mayoría en ninguna de las revoluciones realmente existentes de la historia. Es una herencia de la izquierda que creía en las vanguardias y en la dictadura del proletariado. Desde el colapso del bloque soviético, que dio por terminada esta era, andamos buscando el ‘nuevo sujeto’ y no entendemos que, quizás, las respuestas están en otro lado. Los movimientos sociales que se desarrollaron a partir de 1968 en muchas partes del planeta ya se enmarcaban en otra comprensión de sujeto, mucho más plural y dinámica, que sin embargo coexistió con la apreciación de que debía haber un ‘sujeto privilegiado’ al menos hasta 1989, y en parte incluso más allá.

Las luchas de las últimas décadas, desde Occupy o el 15-M en España, la Primavera Árabe, las movilizaciones del 2019 en muchas partes del mundo, apuntan a otra dirección. Hoy muchas luchas son multitemáticas, anti-sistémicas desde muchas aristas, y sin creer en un evento de ruptura único como lo sugiere el imaginario de revolución. Son luchas que apuntan a revertir las estructuras, pero a la vez reinventar las subjetividades, atravesadas y moldeadas por las múltiples relaciones de poder, con dimensiones culturales importantes.

Pero esto no significa que estemos hablando de “gente de buena voluntad” en términos individuales. Las fuerzas sociales capaces de interpelar el orden imperante son fuerzas organizadas, colectivas,

pero que no se organizan necesariamente bajo los formatos tradicionales de las izquierdas. Podríamos hablar de todo un abanico de expresiones de formas de sociedad organizada. En América Latina han cobrado mucha fuerza las luchas territoriales, las formas de producir el espacio y de habitarlo de otra manera, colectivamente, muchas veces a partir de la resistencia contra proyectos de ‘desarrollo’ impuestos. Han cobrado fuerza en este contexto las lógicas comunitarias, la creación de comunidades alrededor de la construcción y del cuidado de lo común.

En nuestras estrategias de transformación tenemos que encarar al mismo tiempo aspectos estructurales —actores que generan estructuras como empresas transnacionales en este caso, o gobiernos que generan estas estructuras de Tratados de Libre Comercio— y cuestiones mucho más cotidianas como nuestros hábitos, nuestras rutinas, nuestros deseos, nuestras prácticas de consumo, que juegan en otro nivel completamente, pero el desafío, precisamente, está en mostrar las interrelaciones que existen entre estos niveles. También hay una dimensión cognitiva en esto: cuando decía que estamos presenciando movimientos sociales interseccionales que logran conjugar los diferentes temas que antes eran o del uno o del otro, y logran ponerlos en relación, eso se traduce también a las estrategias.

Edgardo y yo somos parte de un proceso más amplio que va un poco en una dirección similar, aunque tiene otro objeto que la Asamblea Amazónica, que se llama Pacto Ecosocial del Sur. Este pacto fue lanzado a finales de junio de este año por un conjunto de unas 60 o 70 organizaciones sociales diversas de muchos países latinoamericanos, entre los cuales figuraban lo que se podría calificar como sujetos muy diversos: desde organizaciones sindicales, organizaciones de mujeres, facultades de universidades, organizaciones estudiantiles, organizaciones indígenas, ambientalistas, urbanas, colectivos culturales... realmente una gama bastante amplia. De ese foro surgió una declaración de unas tres páginas que intenta describir la situación actual y termina en unas nueve propuestas. Estas propuestas conforman una base para la discusión de hacia dónde las sociedades latinoamericanas deberían transitar para salir, no solamente de esta pandemia, sino de la crisis multidimensional profunda, civilizatoria,

que nos está preocupando en este momento que estamos atravesando. Es más una invitación a construir un horizonte compartido.

Esta declaración ha recogido firmas, lo sigue haciendo, pero igual que en el caso de la Asamblea Amazónica no era el fin en sí, ni pretende ser abarcativo el texto, sino únicamente marcar con algunas pinceladas una dirección. Por ejemplo: justicia social, justicia ambiental, justicia racial, que deberían ser elementos fundantes, constitutivos de estas nuevas sociedades que debemos construir. El Pacto Ecosocial no tiene ninguna pretensión de liderar, sino más bien, de construir sus propuestas a partir del legado de las organizaciones sociales y de las luchas de las últimas décadas. Es decir, tiene más bien una vocación de retaguardia, de articular lo que se ha hecho en las diferentes partes del continente, y de invitar a confluir alrededor de lo que es el paradigma de cuidado, del cuidado de la vida, reconociendo la interdependencia, no solamente la de nosotros los humanos con nuestro contexto, nuestro entorno, sino también la interdependencia de los diferentes actores sociales entre sí.

Si analizamos las nueve propuestas del Pacto Ecosocial, van desde una reforma tributaria progresiva hasta repensar la integración regional, pasando por la soberanía alimentaria, una propuesta de renta básica universal, pero también se contemplan diferentes aristas de la redistribución. No se trata de solo redistribuir riqueza en términos de dinero de ingreso y patrimonio sino también de redistribuir la tierra, el acceso al agua y a las semillas, el trabajo asalariado, el tiempo. Todo esto está, además relacionado entre sí, no son propuestas aisladas la una de la otra.

El documento propone una suerte de “embrión” de esas articulaciones. Ahora, desde que está en circulación, encuentra su propio andar en la generación de diferentes capítulos país, en diferentes países latinoamericanos.

No se puede decir en este momento hasta dónde va a prosperar este proceso, pero en todo caso, en términos de articulación de sujetos ya ha tenido éxito.

¿Cómo están pensando ustedes el tema de las estrategias y cómo se mueve el pacto en una región tan polarizada?

ML: Creo que, en términos de estrategia, el Pacto es una propuesta que apuesta al movimiento desde abajo y a la construcción desde abajo, y a la compenetración o el fortalecimiento de experiencias populares por el intercambio de experiencias, por la expansión horizontal, por un lado. Pero también sabemos que las condiciones de posibilidad de todas esas experiencias se juegan en otro nivel, y que, si no hay un tipo de institucionalidad que las protege de los apetitos, por ejemplo, del capital transnacional, lo ganado puede revertirse muy rápidamente y terminar en un desastre.

Por eso pensamos que sí hay que jugar también en ciertos ámbitos de la institucionalidad existente, justamente para, al menos, mejorar al máximo estas condiciones de posibilidad e, idealmente, también lograr transformar esta institucionalidad misma, que hoy se llama el Estado. Yo intento últimamente evitar hablar de ‘el Estado’ así nomás, sin especificar, porque a la gente le desencadena una serie de asociaciones que creo que tenemos que poner en cuestión. Por ejemplo, se suele confundir el Estado con el gobierno, o se suele asociar el Estado solo con la escala nacional, mientras es un paisaje de instituciones mucho más complejo, más diverso y contradictorio a la vez.

Creo que estamos en un momento en el que muchas organizaciones y movimientos, después de la experiencia progresista, ponen en duda el apostar a ganar el poder ejecutivo de un país, según el lema: “tenemos el poder y vamos a transformar todo desde arriba”. Esto sigue existiendo en el campo progresista partidista, pero no en estas articulaciones más amplias de organizaciones y movimientos, porque en Sudamérica se ha vivido en carne propia la enorme limitación que tenía esta estrategia, de la misma manera que se ha vivido la limitación de las estrategias de lucha armada en muchos contextos.

EL: Cuando hablamos de la polarización de las izquierdas en América Latina, hay un eje destacado que es la polarización entre el Estado-centrismo y el comunitarismo: quienes creen que el Estado es pecado y quienes creen que esas cosas comunitarias son una cosa medio *hippie* y que no tienen ningún futuro: “si usted quiere hacer

su cooperativa con diez personas con su huertita, distraígame ahí, no importa”. Con el Pacto Ecosocial del Sur, sin entrar en una discusión teórica conceptual sobre qué es el Estado y qué es la comunidad, se está planteando un conjunto de propuestas articuladas interdependientes, como señaló Miriam, Algunas de ellas se refieren al Estado. Cuando se habla una reforma tributaria, o del ingreso mínimo universal, se trata de exigencias que se le hacen al Estado. Pero esa es solo una de las dimensiones del Pacto. Otras dimensiones se refieren a procesos de auto organización, y solidaridad, que de modo alguno dependen del Estado.

Una propuesta similar a lo de ustedes, pero desde el Norte Global, es el *Green New Deal*. ¿Cómo ven ustedes la relación del Pacto en sus diferencias y similitudes con el *Green New Deal*?

ML: Mi lectura del *Green New Deal* es que es más Estado-céntrica que la del Pacto Ecosocial del Sur, porque también juega en otra sociedad y en otras condiciones. Siento que en el mismo término, el *Green New Deal*, evoca de alguna manera la época dorada del “fordismo”, cuando el Estado podía redistribuir en algunas partes del mundo, y se acuñó el término Estado de bienestar. Entonces, eso es diferente en el caso del Pacto.

EL: El *Green New Deal* un concepto que tiene diversas connotaciones, presenta diferentes énfasis y diversas prioridades en una gama de perspectivas más o menos radicales de cuestionamiento a las estructuras del capitalismo. Lo fundamental es que busca articular, en una sola plataforma de lucha, la defensa del planeta con la lucha por la justicia y la igualdad.

Por su dimensión ecológica, muchas de las principales organizaciones ambientales de los Estados Unidos como 350.org, Greenpeace, Sierra Club, Extinction Rebellion y Amigos de la Tierra, etc., han asumido esta propuesta como propia. En su uso más generalizado, tanto en Estados Unidos como en Europa, pero fundamentalmente en Estados Unidos, lo que se propone es una reestructuración del conjunto de la economía en función del bienestar de la población y no del beneficio del capital, asegurando que esto sea en forma

compatible con la preservación y recuperación de la naturaleza. Se propone el fortalecimiento del ámbito del sector público estatal y modalidades de redistribución radical para asegurar una sociedad más equitativa, más justa. Se le otorga un peso medular a la necesidad de la generación de empleo de calidad, sistemas impositivos progresivos, y una masiva inversión pública.

El *Green New Deal* tiene muchos puntos de encuentro, de coincidencias con otras familias político-ideológicas que se han venido constituyendo en los últimos tiempos como *la transformación socioecológica*, el *posdesarrollo*, el *decrecimiento*, la *desglobalización*, forma parte de ese ámbito de búsquedas de alternativas ante la crisis del capitalismo.

Para responder a la pregunta (¿En qué se diferencia el *Green New Deal* gringo a lo que se puede plantear o se está planteando en América Latina?) hay un documento paradigmático que es una ley introducida en la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, a comienzos del año 2019, por Alexandria Ocasio-Cortez, con el respaldo, asombrosamente, de unos 60 representantes demócratas. Esta es una plataforma amplia que propone medidas para abordar el enfrentamiento al cambio climático y sus múltiples impactos en la exacerbación de las injusticias sistémicas. La denominan así destacadamente, “injusticia sistémica”, esto es injusticias raciales, regionales, sociales, ambientales y económicas, que afectan en términos desproporcionados a las poblaciones indígenas, las comunidades de color, los migrantes, los habitantes de las zonas desindustrializadas, los pobres, los que viven sin vivienda, las mujeres, los adultos mayores, los discapacitados y los jóvenes. Para ello se propone la creación de un programa federal de masivas inversiones en infraestructura y políticas de generación de empleo equivalente al *New Deal* implementado por Franklin D. Roosevelt en los años 1933-1938 para salir de la Gran Depresión.

En América Latina, en la izquierda, hay un cierto escepticismo y desconfianza en relación a las cosas que ocurren en Estados Unidos y a veces no hay suficiente interés como para poder detectar algunos desplazamientos, y algunas cosas extraordinariamente importantes que están pasando en ese país. Probablemente, en la actualidad, el lugar del planeta donde la noción de socialismo y de izquierda tiene

más vigor y donde es menos rechazado es en Estados Unidos. Cuando Bernie Sanders, en el 2016, se presentó como candidato del *socialismo democrático* en las primarias de las elecciones presidenciales del Partido Demócrata, millones de personas lo respaldaron y se creó un vigoroso movimiento de base, fundamentalmente de gente joven. En América Latina, alguien que se presente como socialista democrático es poco probable que pueda tener tanto éxito.

El *Green New Deal* y lo que lo acompaña en términos de sujetos y de imaginarios, creo que es una expresión fundamental del desplazamiento hacia la izquierda o centro izquierda que se ha venido produciendo, tanto en algunas esferas de la opinión pública, con la participación prioritaria de gente joven, jóvenes de todos los sectores sociales y de todas las mal llamadas razas, así como sectores importantes del Partido Demócrata. Este desplazamiento se ha acelerado como consecuencia de la creciente polarización que han generado las políticas reaccionarias, patriarcales y racistas de Donald Trump de estos últimos años. Ha sido crucial el papel de organizaciones de afroamericanos como *Black Lives Matter*.

Es esencial destacar las enormes potencialidades de relación, coincidencia y cooperación entre las propuestas que están surgiendo en el Norte y en el Sur, para abrir debates y reflexiones Norte-Sur. También es importante identificar diferencias que no son simplemente diferencias de voluntad política, sino expresión de diferentes contextos históricos estructurales.

Sería importante no asumir que el *Green New Deal* es cosa de los norteamericanos que tiene que ver con las políticas del gobierno de Roosevelt o con imaginarios derivados de esa experiencia y que por lo tanto tiene poco que decirnos para los retos que confrontamos en América Latina. Es conveniente acercarse a esa propuesta, sabiendo que en ella está involucrada mucha gente de izquierda, mucha gente y organizaciones con la cual podemos y debemos tener relación y diálogo. Para poder entrar en el diálogo, tenemos que partir del reconocimiento, no solo de lo que tenemos en común, sino de algunas diferencias que también están presentes. Entender esas diferencias permitiría la posibilidad de tener un diálogo transparente y con confianza.

Las principales diferencias del proyecto de ley presentado por Alexandria Ocasio-Cortéz respecto al debate crítico latinoamericano actual son las siguientes:

1. La propuesta del *Green New Deal* no hace referencia explícita al papel de los Estados Unidos y sus corporaciones en el sistema mundo capitalista contemporáneo. Cuando se habla de redistribución, se lo hace al interior de los Estados Unidos, no a una escala global. Un proyecto de ley que está planteado para transformar políticamente la dirección de la política pública en Estados Unidos, difícilmente va a centrarse en el colonialismo. Pero, de todas maneras, esto crea puntos ciegos tanto en relación al cambio climático, como en relación a la desigualdad, pensados en términos planetarios. Esto, por supuesto, hay que verlo en el contexto político/cultural en el cual se producen estas propuestas, pero esa es una clara diferencia. Pensar en estos asuntos desde América Latina, inevitablemente, tiene que incorporar una caracterización del sistema mundo, la historia colonial y las profundas desigualdades implicadas en la división internacional del trabajo y de la naturaleza.

2. En las propuestas de inversiones públicas masivas para proveer niveles sin precedentes de prosperidad y seguridad económica para toda la población de los Estados Unidos, no aparece un reconocimiento de los límites del planeta ni se advierte sobre la imposibilidad de un crecimiento sin fin en un planeta limitado. En América Latina los debates sobre la transformación eco-social incorporan, necesariamente, el cuestionamiento al desarrollo y e imaginarios del post-desarrollo.

3. En tercer lugar, después de las experiencias fracasadas del Estado-centrismo de los gobiernos progresistas, en las que el Estado fue asumido como expresión del interés general de la sociedad y como el principal agente de la transformación de ésta, difícilmente puede pensarse que la transformación socio-ambiental en América Latina pueda tener como eje la acción del Estado.

Pero insisto, más allá de estas diferencias, el *Green New Deal* ofrece enormes oportunidades para diálogos, encuentros y colaboraciones entre movimientos sociales y de izquierda de los Estados Unidos y el Sur Global.

Parece obvio que hay que buscar aliados en el Norte Global si hablamos sobre la crisis global que tenemos, por lo menos en lo que se refiere al cambio climático. Coinciden los entrevistados de este libro en que “el miedo es la principal herramienta de las derechas reaccionarias” y es el miedo presente, en el tema del cambio climático, en la pandemia... ¿Cómo plantear tareas tan grandes ante crisis tan grandes?

EL: Los dos casos más perversos de respuesta a la crisis de la Covid-19 son Trump y Bolsonaro, y sin embargo, ni Trump ni Bolsonaro han utilizado el miedo a la pandemia como instrumento para su actuar político, por el contrario, han intentado caracterizar la pandemia, como dice Bolsonaro, como “una gripesña”. Trump, declaró que se iría sola: “llegará un momento en que nos levantamos un día y ya terminó”, tratando por completo de evitar el impacto económico por la vía de la cuarentena, del freno a la economía. En ambos casos, su prioridad ha sido el próximo proceso electoral, cuyos resultados les serían desfavorables en una economía en recesión con altos niveles de desempleo.

Por otra parte, hay diferencias entre el miedo como expresión de cautela, de responsabilidad, y un pánico paralizante, o una postura que afirme que “si nos vamos a morir todos, mejor nos vamos y montamos una fiesta y nos contaminamos todos y salimos de eso de una vez”.

Hay necesariamente una tensión entre compartir, distribuir, informar, divulgar, toda la información con la cual se cuenta sobre el cambio climático, demostrar que si no se toman medidas drásticas estamos aproximándonos a una situación de catástrofe planetaria, y el objetivo de no generar un miedo, un pánico paralizante. Hay que acompañar todos los mensajes sobre la gravedad de la crisis climática con una discusión de las medidas que habría que tomar para evitar el colapso. Destacando que se requieren transformaciones en todos los niveles, desde los patrones de consumo individual hasta profundas transformaciones políticas y económicas de carácter estructural.

Es indispensable el reconocimiento de que está en juego la vida tal como la conocemos en el planeta Tierra, pero a la vez afirmar que esto no forma parte de una especie de ley natural. El futuro de-

pende de la acción humana. Si no tenemos un mínimo de temor en relación a lo que podría pasar, no estaríamos presionados para actuar. Pero, si tenemos demasiado temor, o si vemos el colapso como inevitable, habría igualmente pocos incentivos para actuar.

ML: Creo que los desastres ya están marcando, en los hechos, la vida de los jóvenes hoy en día: las olas de calor, los incendios gigantes como en la Amazonia o en Australia, los huracanes, las inundaciones. Ahora la pandemia de la Covid-19. Lo que nosotros intentamos hacer, es indagar y explicar las causas de estos desastres, para que las personas sepan que pueden y deben actuar. Ponerles en condiciones de entender las interrelaciones, precisamente, entre el capitalismo como horizonte civilizatorio y estos desastres. Invitarles a asociarse con otras y otros en un rumbo compartido de transformación. Yo creo que esto no es generar miedo, es generar la posibilidad de emancipación y acción, de recuperar algo de soberanía sobre la propia vida.

Por supuesto al mismo tiempo hay que combatir los diversos negacionismos que circulan: el negacionismo al cambio climático, el negacionismo frente a la pandemia y las numerosas teorías de conspiración que han fusionado ciertas corrientes esotéricas y de salud alternativa con corrientes de extrema derecha, últimamente. Pero nuevamente, combatir el negacionismo no equivale a generar miedo. Es generar una conciencia informada del riesgo, o de los riesgos a los que la vida está expuesta, y esto, a mi manera de ver, es necesario para sostenerla.

Entrevista: Alexandra Martínez y Ferdinand Muggenthaler